

EL MITO DE LA REVOLUCIÓN MASÓNICA

*La verdad sobre los masones,
la Revolución Francesa, los Iluminados y el origen
de la Masonería moderna.*

EDUARDO R. CALLAEBY



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: El mito de la Revolución Masónica
Subtítulo: *La verdad sobre los masones, la Revolución Francesa, los Iluminados y el origen de la Masonería moderna.*
Autor: © Eduardo R. Callaey

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Maquetación: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763- 372-7

Libro electrónico: primera edición

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Introducción	
Jano, el dios de las Dos Caras	13
1.- La Universalidad Masónica	13
2.- La Orden Interior	16
3.- ¿Sociedad Iniciática o Club Político?	22
4.- Del «Ideal» de la Orden a la «Orden fragmentada»	24
Los Antiguos Linderos	24
5.- Dos cuestiones fundamentales:	
El Método Iniciático y La Orden Interior	32
6.- Masonería y política	35
La aurora	47
El nacimiento de la masonería moderna	47

PRIMERA PARTE	53
La Era de los Masones Iluminados	
1750 – 1789	53
 Capítulo I	
La búsqueda de una identidad masónica	55
1.- La larga herencia escocesa	55
2.- De las tabernas a los templos	60
 Capítulo II	
La Orden de los Caballeros Masones Élus	
Cohen del Universo	69
1.- Martínez de Pasqually y la masonería martinista	69
2.- Occitania, la patria de los cabalistas	74
3.- El martinismo como Potencia Masónica	77
4.- La Doctrina Martinista	80
 Capítulo III	
Los Iluminados de Avignon	89
1.- Dom Pernety y «El Rito Hermético»	89
2.- Del claustro a la corte de Federico II	92
3.- El Legado de Pernety y su Círculo Hermético	99
 Capítulo IV	
La Reforma de Lyon	103
1.- Jean-Baptiste Willermoz y los martinistas de Lyon	103
2.- El colapso de la Estricta Observancia	109
3.- Los Élus Cohen y la Masonería Rectificada	114

Capítulo V	
Los Iluminados de Baviera	127
1.- Adán Weishaupt y su secta	127

Capítulo VI	
El Convento de Wilhelmsbad	137
1.- La encrucijada	137
2.- Los actores de Wilhelmsbad	140
3.- Inicio de las Sesiones	144
4.- Después de Wilhelmsbad	154

SEGUNDA PARTE	
La Masonería Quebrada	157

Capítulo VII	
La Masonería y la Revolución Francesa	159
1.- El contexto histórico	159
2.- La nobleza ilustrada y la francmasonería	165
3.- Logias Militares	167

Capítulo VIII	
El duque de Chartres	
Gran Maestro, Traidor, Verdugo y Víctima	175
1.- El duque de Luxemburgo juega su As de Espadas	175
2.- Nacimiento del Gran Oriente de Francia	178
3.- La democracia en las logias	184
4.- Su Alteza Serenísima, Felipe, duque de Chartres	186
5.- Persecución y muerte de la francmasonería francesa	191
6.- Masones contra masones	194
7.- La masonería en los días del Terror	197

Capítulo IX	
Del Iluminismo a la Revolución	203
1.- El Mito de la Revolución Masónica	203
2.- Las acusaciones del Abate Barruel	209
3.- La sombra de Weishaupt	211
4.- El testimonio de Joseph de Maestre	217
 Capítulo X	
De la Masonería Cristiana al Anticlericalismo Masónico . .	223
Las mutaciones del Gran Oriente	223
 Epílogo	231
 Apéndice	237
Masonería e Iniciación	237
1.- Dios, el Gran Arquitecto del Universo	237
2.- La francmasonería ha sido concebida como una «Orden»	245
3.- La Iniciación	250
4.- El potencial transformador del proceso iniciático	256
5.- El masón y la libertad	258
 Bibliografía	265
 Otras publicaciones	269

AGRADECIMIENTOS

Numerosas personas me han ayudado en esta tarea. Quiero agradecer especialmente a aquellos con quienes he confrontado ideas e intercambiado opiniones en torno a los temas aquí tratados: R.·H.·. Jorge Marasco, ex vicepresidente de la *Gran Logia de la Argentina*; R.·H.·. Oscar Pereyra, secretario de la *Academia de Estudios Masónicos de Buenos Aires*; Lic. Jorge Ferro, masonólogo e investigador científico del *CONICET*; V.·H.·. Jorge Sanguinetti, colaborador de la Revista *Símbolo*; Lic. María Elena Rodríguez, Jefa del *Archivo de la G.L.A.* (Gran Logia de la Argentina); Sr. Daniel Alberto Kiceleff, director de *Entre Libros*. A mis hermanos de las Respetables Logias *Lautaro 167* y *Del Progreso 789* en el registro de la *Gran Logia de la Argentina de Libres y Aceptados Masones* y a los miem-

bros de la Logia *Patron Saints* 746 bajo la jurisdicción de la *Grand Lodge of Mark Master Masons of England and Wales and its Districts and Lodges Overseas*, quienes me han brindado su permanente estímulo.

A la *Gran Logia de España*, en la persona del R.·H.· Miguel Ángel de Foruria y Franco, Gran Inspector de Comunicación y Publicaciones de la Orden, por su apoyo en la oportunidad de la presentación de *El otro Imperio Cristiano* en Madrid. No olvidaré el fraternal afecto de los miembros de la Respetable Logia *Cibeles* al Oriente de Madrid, ni el honor con el que fui distinguido al presentar la obra en la Sede madrileña de la Gran Logia de España.

Al Gran Maestro del Distrito Sur, División Sur de la *Gran Logia Unida de Inglaterra*, M.·R.·H.· Ernesto Steven, por haberme facilitado el acceso a la biblioteca de la Institución.

Al R.· H.· Ramón Martí Blanco, por haberme facilitado importante documentación atinente a los orígenes del *Régimen Escocés Rectificado*.

Al Dr. José Antonio Ferrer Benimeli, fundador y Presidente del *Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española*. Sus comentarios al volumen anterior, así como sus consideraciones en torno a los límites entre la *logia* y el *club político* me ayudaron a madurar el presente ensayo.

A mi editor, Santos Rodríguez por su apoyo y su permanente interés en el desarrollo de la obra.

Eduardo R. Callaey

Febrero 2007

INTRODUCCIÓN

JANO, EL DIOS DE LAS DOS CARAS

*«Nuestra logia está viva no por nuestra presencia
sino por la presencia de la unidad en su centro...»
Siete Maestros Masones*

1.- LA UNIVERSALIDAD MASÓNICA

En un mundo signado por los avances tecnológicos, donde el denominado «progreso» invade los espacios más íntimos de la vida, y el tiempo se acelera al ritmo de las comunicaciones, resulta paradójica la existencia de una organización que aparenta desafiar los siglos y los cambios políticos y sociales. Como una inmensa roca en un mar de tormentas, la francmasonería parece no depender de los avatares de la historia sino ser uno de los factores que la construye.

La francmasonería emerge ante los ojos del historiador apenas se rasga la superficie de los hechos. Bajo el polvo acumulado por los siglos, subyace una historia paralela que atraviesa tiempos y naciones, hombres e instituciones, confor-

mando una red tan heterogénea que evade —con éxito— cualquier intento de clasificación. Algunos autores llegan a afirmar que la francmasonería es a los estados seculares lo que la hiedra al antiguo muro: no podría arrancársela sin dañarlo profundamente.

Esta característica es la que ha dado nombre a la serie que contiene este volumen: *El factor masónico. La historia paralela*. Un factor que ha influido tan profundamente en la construcción de la sociedad moderna que muchos acontecimientos permanecerían inexplicables si no se asocian con la acción de los masones.

Por cierto que la singularidad enunciada no conforma ninguna novedad. Numerosos investigadores, amigos y enemigos, de la Orden, han percibido su capacidad de penetrar en los pliegues más recónditos de la sociedad y dejar allí su huella. Pero más sugestivo aún: han observado su habilidad para atraer a hombres tan distintos y de tan variados campos que resulta inexplicable el hecho de que una sociedad con principios supuestamente tan definidos, sea capaz de contener tanta disparidad. ¿Cuál es el secreto en torno al que se han reunido figuras tan distantes y diferentes entre sí? Sin dudas existe una *praxis* masónica que hace posible esta convergencia y que permite un vínculo superador de las diferencias coyunturales que marcan la acción de los hombres.

Pero la universalidad masónica tiene algunos límites que vale la pena aclarar desde un principio.

La mayoría de los libros de divulgación masónica ensayan una fórmula que atrapa al lector, lo engaña y lo confunde: «La francmasonería es una sociedad de carácter universal cuyos principios éticos y su sistema simbólico son capaces de unir a la humanidad en torno a valores que son comunes a todo el

género humano». No hace falta un gran esfuerzo para comprender lo relativo de esta afirmación. La francmasonería no es hoy —y no lo es desde hace siglos— una unidad de principios ni una unidad de acción. Tampoco es un modelo de universalización, puesto que responde a una cultura y una civilización anclada en Occidente y en la tradición judeocristiana. Su influencia se percibe claramente en los estados liberales, en las naciones democráticas y en todas las sociedades que garantizan la libertad de pensamiento. En cambio, ha sido perseguida en los países gobernados por regímenes totalitarios y en las sociedades teocráticas. No es tolerada por el fundamentalismo islámico y solo pudo renacer en los países del Este luego de la caída del Muro de Berlín.

La francmasonería es hoy un conjunto de instituciones de peso en todo el mundo, pero seriamente atomizada en Ritos y en corrientes diversas, sumergida en profundas diferencias que exceden ampliamente aquello que podríamos imaginar como matices. Siendo estas diferencias de naturaleza tan notoria, la comprensión del factor masónico, tras la trama de la historia, necesita un marco previo que explique los orígenes de las mismas, pues parecen surgir con el nacimiento de la masonería moderna y pavimentan su propia evolución en los últimos trescientos años. Este segundo volumen de nuestra serie aborda particularmente esta cuestión, partiendo de la premisa de que sin una acabada descripción de estas contradicciones el fenómeno masónico es inabordable.

2.- LA ORDEN INTERIOR

De todos los símbolos que conforman el lenguaje masónico hay uno poco conocido por los «profanos»¹. Se trata de Jano Bifronte; una figura mítica que tiene dos rostros. Su origen se remonta al mundo clásico y tiene un profundo sentido cósmico; recuerda los dos aspectos del sol, ubicados en los solsticios de verano y de invierno, que marcan, astronómicamente, los puntos opuestos de la elipse solar.

El esoterismo cristiano los ha asimilado a los de San Juan del Nuevo Testamento: San Juan Bautista que anuncia al que viene en nombre del Señor, y San Juan Evangelista que anuncia el fin de los Tiempos en el Apocalipsis. La francmasonería conserva entre sus ritos más tradicionales la celebración de las fiestas solsticiales.

Pese a ser un símbolo masónico no tan difundido como la escuadra y el compás, la figura de Jano Bifronte define, como ningún otro, la naturaleza misma de la Orden: Explica el misterio de su dualismo y la naturaleza bipolar de muchos de sus símbolos. Puede interpretarse que una cara mira al exterior, al mundo «profano», mientras que la otra mira al interior, al lugar donde el hombre juega su batalla más difícil: la que mantiene consigo mismo. Este significado lo acerca al simbolismo de la mitológica hacha de doble hoja —el *laber*²— con la que el dios Ares-Dionisio cavaba una espiral en el Universo con un filo,

¹ Se denomina «profano» a aquel que no ha sido iniciado en la francmasonería.

² También encontramos aquí una reminiscencia de los antiguos misterios del mundo clásico, pues *laber* es la raíz de la palabra «laberinto», lugar mitológico donde el héroe desciende en la búsqueda de su propia naturaleza material a fin de sojuzgarla a la conciencia superior. Los francmasones medievales han dejado grabados numerosos laberintos en los mosaicos de las catedrales, como testimonio de esta tradición.



Jano Bifronte

Pese a ser un símbolo masónico no tan difundido como la escuadra y el compás, la figura de Jano Bifronte define, como ningún otro, la naturaleza misma de la Orden: Explica el misterio de su dualismo y la naturaleza bipolar de muchos de sus símbolos. Puede interpretarse que una cara mira al exterior, al mundo profano, mientras que la otra mira al interior, al lugar donde el hombre juega su batalla más difícil: La que mantiene consigo mismo.

Del mismo modo, la historia de la francmasonería puede abordarse desde dos aspectos principales: El de su acción en el mundo profano y el de su historia interior.



El Laberinto, escenario de la lucha interior

El simbolismo de Jano Bifronte puede asociarse al de la mitológica hacha de doble hoja llamada *laber* con la que el dios Ares-Dionisio cavaba una espiral en el Universo con un filo, mientras que con el otro ahondaba sobre sí mismo, abriéndose camino hacia su propio interior. La misma imagen simbólica se nos presenta en la batalla entre Teseo y el Minotauro que tiene lugar en el centro del laberinto.

(Combate de Teseo y el Minotauro. Pintura italiana del s. XV, Museo del Louvre).

mientras que con el otro ahondaba sobre sí mismo, abriéndose camino hacia su propio interior.

Del mismo modo, la historia de la francmasonería puede abordarse desde dos aspectos principales: El de su acción en el «mundo profano» y el de su historia «interior». Si no se conocen ambos campos puede que se presente con grandes contradicciones que dificulten su comprensión.

Todas las historias de la francmasonería escritas hasta hoy han sido inevitablemente incompletas o parciales. Algunos autores han compilado prolijamente la sucesión cronológica de Logias, Grandes Logias, Obediencias y Ritos. Otros las han organizado tomando como base su acción en los distintos países y regiones. Sin embargo, la mayoría de las Historias Generales son parciales. Pues no existirá una historia general de la francmasonería en tanto las Grandes Logias no den a conocer sus documentos. El trabajo en los archivos masónicos puede deparar sorpresas inimaginables, puesto que las logias —pese a su natural secreto— siempre han sido estrictas con sus actas y, en muchas ocasiones, la historia se ha escrito en el seno de las logias. El problema que surge al confrontar los archivos es que, en algunos casos, no se encuentra aquello que se esperaba. De modo que una masonería progresista y hasta agnóstica puede encontrarse con la sorpresa de actas encabezadas a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo y la Santísima Trinidad; o con la existencia de logias operativas cuya acción descifra acontecimientos políticos de naturaleza inexplicable.

¿Cómo pretender, entonces, que el público no masónico —y aun quien recién ingresa a la Orden— comprenda estas contradicciones?

El individuo que se acerca a la francmasonería se encuentra con masonerías varias, Ritos diversos y doctrinas sustancial-

mente diferentes que varían de «obediencia en obediencia»³. Puede enfrentarse con masonerías marcadamente místicas, que reivindican el hecho religioso como una condición fundamental del marco iniciático. O bien —en el otro extremo— con otras en donde lo religioso no solo es rechazado sino que también es ignorada toda connotación espiritual en el fenómeno masónico. Puede encontrarse con diferencias aún más perturbadoras: siendo la iniciación una de las características intrínsecas del ingreso a la Orden, hoy por hoy existen obediencias que ni siquiera mencionan la condición iniciática en sus declaraciones de principios. Sin embargo, no existe condición masónica si no se ha atravesado ese *rito de pasaje* al que los masones denominamos «iniciación».

Las Grandes Logias Regulares se rigen en torno a un conjunto de normas conocidas como los «Antiguos Linderos», claramente establecidas en los documentos liminares de la Orden. Las desviaciones a estas antiguas normas han generado masonerías denominadas «irregulares», algunas de las cuales no pueden considerarse —dado su alejamiento extremo de las mismas— como verdaderas masonerías.

Hilando aún más fino, el carácter de la ceremonia de iniciación cambiará radicalmente si la consideramos como una simple prueba de valor y resolución —similar a la que practican algunas sociedades políticas, clubes universitarios o pandillas— o si le otorgamos un valor trascendente por su impacto en el alma o en la psique del que se somete a ella. Esto

³ Se denomina «Obediencia» o «Potencia» masónica al organismo que reúne bajo su soberanía a un conjunto de logias o cuerpos masónicos que comparten modalidades y finalidades comunes. En tanto que el vocablo «Rito» con mayúscula, hace referencia a los distintos sistemas en los que se ha organizado la masonería, mientras que «rito» con minúscula define a los aspectos ceremoniales de los distintos grados.



Los laberintos en la iconografía medieval

Las catedrales medievales contienen numerosos laberintos, siendo uno de los más famosos el de Chartres. También encontramos aquí una reminiscencia de los antiguos misterios del mundo clásico, pues *laber* es la raíz de la palabra laberinto, lugar mitológico al que el héroe desciende en la búsqueda de su propia naturaleza material a fin de sojuzgarla a la conciencia superior. Los francmasones medievales han dejado grabados laberintos en los mosaicos de las iglesias, como testimonio de esta tradición. (Laberintos grabados en el Duomo di San Martino, Lucca).

depende, fundamentalmente, de la concepción ontológica que la masonería asume con respecto al hombre.

Considerando que la iniciación masónica ha sido heredada de instituciones místicas y religiosas de la antigüedad, no puede entenderse como un simple trámite de ingreso sino que debe valorarse en su real dimensión sagrada. En términos esotéricos la iniciación constituye, en efecto, un rito de pasaje pero con características particulares, pues también pueden entenderse como tales los practicados en algunas culturas primitivas con motivo del ingreso del adolescente en la vida de los adultos e incluso en algunas prácticas religiosas que marcan la llegada del individuo al pleno ejercicio de sus responsabilidades espirituales. La iniciación masónica excede este marco y lo supera.

3.- ¿SOCIEDAD INICIÁTICA O CLUB POLÍTICO?

Pero, ¿Cómo compatibilizar, por ejemplo, una masonería que se declara «progresista» —cuyo sistema está exclusivamente basado en el uso de la razón, a la que se considera como la única herramienta válida para la búsqueda de la verdad— con esa otra masonería que se asume como depositaria de la «Tradición» que debe ser custodiada y sostenida tal como nos ha sido legada por los grandes maestros del Arte Real?

¿Cómo compatibilizar el misticismo subyacente en la «Gran Obra» de transmutación espiritual del hombre que propone la masonería tradicional con el ateísmo militante de algunas potencias masónicas cuyo objetivo primordial pareciera centrarse en el imperio de la secularidad y la ciencia positiva por sobre las convicciones espirituales y religiosas?

¿Puede ser la francmasonería al mismo tiempo tradicional y revolucionaria? ¿Puede una sociedad secreta perpetuarse por siglos sostenida tanto por ateos como por religiosos? ¿Es posible comprender el objeto de una sociedad a la que han adherido con igual fervor el racionalista Voltaire y el casi santo Joseph de Maistre? ¿Cómo es posible que se atribuya a la francmasonería el éxito de la Revolución Francesa cuando numerosos masones franceses fueron masacrados por el Terror en el cual —justo es decirlo— también militaban francmasones? De hecho, nada indica que unos y otros pudiesen compartir sus respectivas ideas. Sin embargo, la francmasonería los contuvo a todos. Y en más de una ocasión las logias han sido el escenario privilegiado de grandes acuerdos políticos y sociales de trascendencia histórica.

Enemigos políticos del más variado signo, eclesiásticos y antirreligiosos, republicanos y monárquicos, anarquistas y aristócratas, vagabundos y embaucadores, todos han encontrado su sitio en la fraternidad.

La francmasonería no entrega sus misterios con facilidad. Su sistema ha sido tan perfeccionado a lo largo de los siglos que resulta casi imposible infiltrarla. Obsérvese que he dicho «casi». Como una muñeca rusa, una adentro de la otra, se esconde una nueva y diferente versión de sí misma en una sucesión inagotable. Por esa misma causa es necesario que el iniciado la recorra durante muchos años para comenzar a comprender su esencia, su sentido y su objeto. Esto ha dado lugar a una de las acusaciones más corrientes con relación a los masones: «Que solo los que alcanzan los grados máximos conocen la verdadera Orden; que solo las más altas jerarquías saben a ciencia cierta cuál es el fin de la Masonería, mientras que los centenares de miles —y aun millones— de masones

que pueblan las logias apenas perciben una versión muy fragmentada y esquiva del Secreto Masónico».

4.- DEL «IDEAL» DE LA ORDEN A LA «ORDEN FRAGMENTADA»

Pues bien. La realidad es que no todos los masones piensan igual ni actúan de la misma manera, una característica natural en una sociedad que garantiza la libertad de conciencia de sus miembros. Ni siquiera mantienen un orden de prelación en cuanto a sus intereses y objetivos. La francmasonería es, fundamentalmente, una sociedad de librepensadores. Es aquí donde cobra verdadera dimensión el acierto del historiador Alec Mellor cuando dijo, al referirse a la masonería, que: «Esta, contrariamente a las ilusiones profanas, no es un bloque homogéneo y monolítico. Pocos medios están tan divididos. La Orden masónica no es sino un ideal, por no decir un concepto. La francmasonería no existe. Solo existen obediencias masónicas...»

La certeza de Mellor al expresar esta aseveración tan dura no deja de sorprender, pero constituye la clave que permite comprender una historia inasible. Sin embargo Mellor admite la existencia de una «Orden ideal», concepto al que le prestaremos particular atención.

Los Antiguos Linderos

Conviene reiterar aquí que por «Obediencia» se entiende al conjunto de logias que se encuentran bajo una misma jurisdic-

ción y responden a un mismo gobierno masónico. Generalmente funcionan bajo la denominación de «Gran Logia» o «Gran Oriente». De este modo, la Gran Logia Unida de Inglaterra —considerada como la Gran Logia Madre de la francmasonería moderna— es una obediencia regular independiente, al igual que la Gran Logia de España o la Gran Logia de Israel o de la Argentina. Ninguna de ellas está sometida ni territorial ni jurídicamente a ninguna otra. Para que una Gran Logia sea considerada regular, sus miembros deben observar un conjunto de reglas relativas a los antiguos usos y costumbres de la Institución Masónica.

Pese a que existen diferencias en cuanto al número de Antiguos Linderos o *Ancient Landmarks*, creemos interesante enumerar las veinticinco normas que propone Albert Gallatin Mackey⁴:

Los modos de reconocimiento.

La división de la Masonería Simbólica en Tres Grados.

La leyenda del Tercer Grado.

El gobierno de la Fraternidad por un oficial que preside, llamado Gran Maestro, es elegido por el Cuerpo de la Orden.

La prerrogativa del Gran Maestro de presidir cada Asamblea de la Orden, doquiera y cuando quiera se lleve a cabo.

La prerrogativa del Gran Maestro de conceder dispensas para conferir grados fuera del tiempo reglamentario.

La prerrogativa del Gran Maestro de conceder dispensas para abrir y mantener logias operativas, llamadas también «logias de dispensación».

⁴ Cf. Mackey, Albert G. *Encyclopaedia of Freemasonry*. Cox Learche, W., *La regularidad masónica en una nueva luz*. Buenos Aires, Editorial Unidad, 1978. Un completo artículo sobre los Landmarks puede consultarse en la página web de la Respetable Logia Cibeles N° 131 www.cibeles.org.

La prerrogativa del Gran Maestro de hacer *masones a la vista*.

La necesidad de que los masones se congreguen en logias.

El gobierno de la Fraternidad, cuando está congregada en una logia, por un Maestro (denominado Venerable Maestro) y dos Vigilantes.

La necesidad de que cada logia, cuando está reunida, esté debidamente *a cubierto*.

El derecho de cada masón a ser representado en todas las reuniones generales de la Orden y de instruir a sus representantes.

El derecho de todo masón de apelar la decisión de sus hermanos, convenidos en logia, ante la Gran Logia o Asamblea General de los masones.

El derecho de todo masón de visitar y sentarse en toda logia regular.

Ningún visitador desconocido para los hermanos presentes o para alguno de ellos, como masón, puede entrar en una logia sin pasar un examen primero de acuerdo con los antiguos usos y costumbres.

Ninguna logia puede interferir en los asuntos de otra logia ni conferir grados a hermanos que son miembros de otras logias.

Todo masón está sometido a las leyes y reglamentos de la jurisdicción en la cual reside.

Ciertas calificaciones necesarias en los candidatos para la iniciación, que deben ser hombres, no mutilados, de libre nacimiento y edad madura.

La creencia en la existencia de Dios como Gran Arquitecto del Universo.

Subsidiaria de esta creencia en Dios es la de la trascendencia del alma, es decir, la creencia en una resurrección a una vida futura.

El *Libro de la Ley Sagrada* constituirá una parte indispensable del mobiliario de la logia.

La igualdad de todos los masones.

El secreto de la Institución.

La fundación de una ciencia especulativa sobre un arte operativo, y el uso simbólico y la explicación de los términos del arte para fines de enseñanza moral y religiosa.

Que estos límites no pueden ser cambiados.

También se consideran obediencias masónicas a los Grandes Orientes irregulares, entendiéndose por irregulares a aquellos que no comparten los mismos usos y costumbres fundacionales de la Masonería Especulativa. Tal es el caso del Gran Oriente de Francia, que en una etapa crucial de la historia de la masonería francesa consideró conveniente abandonar la obligatoriedad del uso del *Volumen de la Ley Sagrada* (la Biblia) y la doctrina de la trascendencia del alma, modificando de este modo, de manera radical, el carácter trinitario de la masonería primitiva y el concepto ontológico de un hombre constituido por una naturaleza material y otra espiritual y por lo tanto trascendente. Una modificación aún más perturbadora fue la eliminación del concepto de «Gran Arquitecto del Universo», una fórmula que permite a los masones reunirse en torno a una idea universal de Dios que trasciende a cada religión en particular.

La cuestión de la regularidad es un tema de por sí complejo, que ha dado lugar a voluminosos tratados y a una materia de estudio para los masonólogos, como lo es el *Derecho Interpotencial Masónico*. De hecho, y más allá de la primera catalogación de los *Ancient Landmarks* realizada por

Albert Gallatin Mackey en 1858, hay inmensas diferencias entre los que proclaman una u otras Grandes Logias regulares.

En 1929, la Gran Logia Unida de Inglaterra aceptó una *Declaración de Principios Básicos* en torno al reconocimiento de las Grandes Logias, constituida por ocho puntos⁵:

Regularidad de origen: esto es, que cada Gran Logia deberá haber sido establecida legalmente por una Gran Logia debidamente reconocida o por tres o más logias regularmente constituidas.

Que una creencia en el Gran Arquitecto del Universo y Su voluntad revelada será un requisito esencial para la admisión.

Que todos los iniciados prestarán su juramento sobre o en completa presencia del Libro de la Ley Sagrada abierto, por el cual se significa la revelación de lo Alto que liga la conciencia del individuo particular que se inicia.

Que los afiliados de la Gran Logia y de las logias individuales serán exclusivamente hombres, y que cada Gran Logia no tendrá relaciones masónicas de clase alguna con logias mixtas o con cuerpos que admiten mujeres como miembros.

Que la Gran Logia tendrá jurisdicción soberana sobre las logias bajo su gobierno; esto es, que será una organización responsable, independiente, con gobierno propio, con autoridad exclusiva e indiscutible sobre la Orden o Grados Simbólicos (Aprendiz, Compañero y Maestro) dentro de su jurisdicción; y no estará sujeta, en modo alguno a dividir tal autoridad con un Supremo Consejo u otra Potencia que reclame dominio o inspección sobre aquellos grados.

Que las Tres Grandes Luces de la Francmasonería (*El Libro de la Ley Sagrada, la Escuadra y el Compás*) estarán siempre

⁵ Se utiliza aquí el texto de la ya citada obra de Cox Learche.

expuestas cuando la Gran Logia o sus logias subordinadas estén trabajando, siendo la principal de aquellas *El Libro de la Ley Sagrada*.

Que la discusión sobre temas de religión o de política dentro de la logia está estrictamente prohibida.

Que los principios de los Antiguos Linderos, usos y costumbres de la Orden serán estrictamente observados.

Básicamente se consideran regulares a las potencias masónicas que reúnen los principios básicos de reconocimiento y que han sido reconocidas por tres Grandes Logias regulares. Dicho esto, cabe señalar que un masón regular puede llevarse la sorpresa de ser considerado irregular por aquellos masones que él creía irregulares pero que se consideran a sí mismos regulares⁶. Sin embargo, la realidad es que esta norma adquiere características de adhesión cada vez más laxas. En teoría un ateo no puede pertenecer a la masonería regular, aunque hay en la historia infinitos casos de masones que han militado en Grandes Logias regulares aun siendo ateos.

Pero esta circunstancia, por extendida, no debe dejar de ser considerada como una anomalía, puesto que:

«La Masonería Regular profesa el espiritualismo y rechaza el materialismo y el racionalismo ateo; por ello, la Luz de la Razón que informa el ideal masónico, se legitima al emanar del Conocimiento Iniciático. Así, la Masonería es una Orden iniciática, esotérica y caballeresca y, por lo tanto, elitista. Bien entendido que para la Masonería forma parte de la élite humana todo

⁶ Las masonerías irregulares han establecido sus propios *Landmarks*, en algunos casos verdaderas obras de derecho masónico como la de Virgilio Lasca, del Gran Oriente Federal Argentino, *Bases Fundamentales de la Regularidad Masónica*. Buenos Aires, Cuadernos Masónicos, 1955.

aquel que altruistamente dedica algo de sí mismo a la causa de la humanidad.»⁷

Una obediencia masónica es tal, independientemente del Rito que practique —reconocido o no por las Grandes Logias Regulares— como ocurre, por ejemplo, con el Gran Oriente de Francia, o las Grandes Logias Mixtas o Femeninas o las Grandes Logias del Rito de Menfis Mizraim etc. Sorprendentemente, algunos de estos Ritos se han organizado en su forma actual antes de que lo hicieran los muy regulares Rito de York o el Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Cada uno de estos Ritos masónicos tiene sus particularidades, su doctrina y su historia, razón por la cual Mellor tiene toda la razón cuando dice lo que dice. Las posiciones difieren a tal extremo que podemos encontrar ideas sustancialmente diferentes en más de un aspecto. Así ha quedado expuesto en *El otro Imperio Cristiano*, cuando marcábamos la diferencia entre la masonería británica de principios del siglo XVIII —deísta y protestante— con la de los escoceses exiliados en Francia —católicos y trinitarios—.

A este esquema, de por sí complejo para el público en general, debe agregarse la existencia de los denominados «Altos Grados», de cuyo origen ya hemos dado una semblanza en nuestro volumen anterior.

Para comenzar a desgranar este asunto diremos que —fiel al símbolo de Jano Bifronte— la historia de la francmasonería es la de una antigua puja entre quienes niegan la existencia de una Orden Interior y quienes la sostienen. De hecho, todas las Obediencias y Ritos masónicos del mundo aceptan, tácita o implícitamente, la existencia de grados masónicos ajenos a los

⁷ Declaración de Miguel Ángel de Foruria y Franco, Director de Comunicaciones de la Gran Logia de España, a propósito de la presentación de *El otro Imperio Cristiano* en Madrid.

tres universales de la Masonería Simbólica, es decir, los tres grados tradicionales de aprendiz, compañero y maestro. El *Rito Escocés Antiguo y Aceptado* —practicado principalmente en los países latinos— está conformado por treinta grados adicionales a los tres simbólicos haciendo un total de 33; El *Rito de Emulación* —de origen británico— admite una serie de ordenes complementarias de las que podemos mencionar, entre las más importantes, la Orden del Santo Real Arco del Templo de Jerusalén, la Orden de Maestros Masones de la Marca, la Orden de los Marineros del Arca Real y los Prioratos de la Orden de los Caballeros Templarios y de Malta. El Régimen Escocés Rectificado posee un grado «bisagra» —el de Maestro Escocés de San Andrés— que actúa como de transición entre los tres grados simbólicos y los grados caballerescos de la Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa. El Rito Egipcio ha llevado la división de grados al extremo de organizarlos en más de noventa.

Es también una realidad que las relaciones entre los gobiernos de la Masonería Simbólica y los de los Altos Grados, han sido a menudo tensas y que en muchos países han dado lugar a agrias disputas, provocadas generalmente por la pretensión de los Altos Grados de erigirse como árbitros de la doctrina y censores de las acciones de las Grandes Logias. Existen corrientes masónicas que solo aceptan la existencia de los tres grados tradicionales, descartando cualquier otro sistema que se atribuya a conocimientos o secretos adicionales a aquellos.

5.- DOS CUESTIONES FUNDAMENTALES: EL MÉTODO INICIÁTICO Y LA ORDEN INTERIOR

La historia de la francmasonería ha sido escrita desde una de las caras de Jano, mientras que la otra ha permanecido —y probablemente permanecerá pese a este y muchos otros libros— mayormente desconocida. Sin embargo, nos hemos propuesto abordar algunos asuntos fundamentales.

En primer lugar analizaremos la cuestión de los Altos Grados —de una Orden Interior conformada por Maestros Elegidos— de los que ya hemos explicado su razón de ser en *El otro Imperio Cristiano* al describir el origen de la masonería escocesa, su influencia en Francia, la reivindicación de un pasado caballeresco y la conformación de la Orden de la Estricta Observancia Templaria. En este volumen se aborda esta cuestión con profundidad.

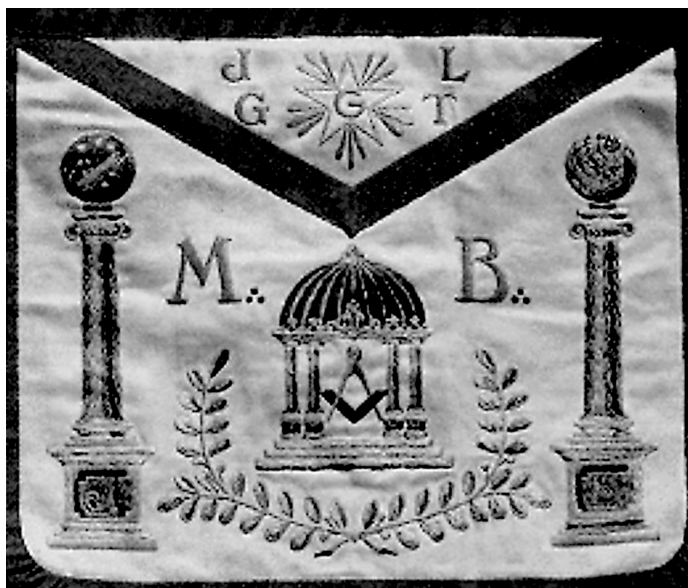
Interrumpido allí nuestro relato, retomaremos la historia de este conflicto que, involucró a nobles y soberanos, atrajo la mirada de la flor innata de las sociedades europea y americana de los siglos XVIII y XIX y condicionó profundamente las propias políticas masónicas. Pero que, fundamentalmente, impregnó a la Orden de su esoterismo al incorporar tradiciones provenientes de los antiguos misterios, doctrinas que procedían del misticismo medio oriental y corrientes surgidas en Europa al calor del sincretismo y la confluencia de ideas religiosas, escuelas filosóficas y herejías diversas.

También abordaremos la operatividad de la Masonería, es decir, la forma en que las obediencias masónicas han constituido un factor relevante en la sociedad, al proyectar sus principios en la política de las naciones y la evolución de su influencia en los procesos de secularización. Esto es, la separa-



El Mandil

Ya en el siglo XI los constructores benedictinos otorgaban al mandil una connotación que superaba su carácter de atuendo para el trabajo del albañil. Aún pueden observarse en Europa estatuas de grandes nobles y extraordinarios arquitectos esculpidos portando su mandil y sosteniendo en sus manos el mazo y el cincel. En la fotografía se observa una escultura del maestro Claus Sinter, arquitecto del duque de Borgoña con su mandil ceñido al pecho y un mazo y un cincel en sus manos.



Moderno Mandil de maestro masón

ción del poder temporal del religioso, el avance de una cultura laica, el nacimiento de una masonería anticlerical y hostil a la religión y, particularmente, su actuación frente a los grandes conflictos que sacudieron la historia moderna en la lucha por la vigencia de los derechos humanos y la libertad de pensamiento.

Finalmente se hace necesario explicar la naturaleza del fenómeno masónico, el sentido de la iniciación y la importancia del método de enseñanza basado en el simbolismo, la idea de Orden y la naturaleza del trabajo en la logia. Estas cuestiones se tratan en un apéndice específico al final de la obra.

6.- MASONERÍA Y POLÍTICA

Si la francmasonería no ha sido ajena a las grandes revoluciones ni a los manifiestos liminares de la historia moderna, tales como la *Declaración de los Derechos del Hombre* o la *Constitución de los Estados Unidos de América*; si sus hombres fueron brutalmente perseguidos por las dictaduras de todo signo; si los masones conformaron un frente importante en la construcción de una sociedad secular, contribuyendo a la laicización de los estados nacionales; si penetraron profundamente con sus ideales en sociedades absolutamente ajenas a la cultura Occidental, tales como la India, Turquía, Persia, Egipto, Japón y muchas otras naciones, constituyendo allí Grandes Logias e incorporando a sus filas a los líderes emblemáticos de estas naciones, resultaría necio y hasta legítimamente sospechoso sostener que la Masonería no actúa en política.

Sin embargo, no es menos cierto que otras obediencias masónicas optaron por centrar su actividad en la dimensión espiritual del hombre, sin generar conflictos religiosos ni políticos, constituyéndose en verdaderas «Escuelas de Misterios», reservorios de antiguas doctrinas místicas y métodos tendientes al perfeccionamiento moral y espiritual de sus miembros.

Pese a su evidente irrupción en el ámbito político, las Grandes Logias han negado, en forma sistemática, su responsabilidad política institucional en muchos de los países en los que han actuado, insistiendo en aquella fórmula que reza que la masonería actúa en la sociedad solo a través de sus hombres. Se ha repetido con tanta insistencia que los masones la hemos terminado creyendo. La realidad es que esta premisa permanece vigente y se respeta en gran parte del mundo masónico, pero no en todo.

En este punto también se percibe una diferencia sustancial entre la masonería regular frente a aquellas obediencias que han tomado posición política y hasta en algunos casos partidista. La masonería regular se prohíbe a sí misma actuar de manera directa en las políticas nacionales en forma corporativa y la discusión partidaria está taxativamente excluida del trabajo en logia. Sin embargo, en la medida que los actores sociales — políticos, líderes sindicales, militares, empresarios, jueces etc.— forman parte de una obediencia masónica, esta estará en condiciones de llevar a la sociedad los principios en los que sus hombres son instruidos.

Se dirá que son los hombres —y no la institución masónica— los que intervienen en la vida política. Pero así como la Iglesia romana no ha podido separar su rol de faro de la fe del de sus acciones y responsabilidades históricas —que la ubican inexorablemente en el campo de la política— del mismo modo la francmasonería, en tanto praxis moral y modelo de una sociedad posible, no puede sostener que su responsabilidad política se diluye y delega al campo de las conductas individuales de los hombres.

Cuando las Grandes Logias en sus historias oficiales enumeran a los masones que han participado en los actos fundacionales de sus naciones, cuando se establecen orgullosos porcentajes de legisladores, listas de presidentes, selecciones de líderes destacados y las consabidas e interminables columnas de masones famosos, se está enviando un mensaje claro a la sociedad: este es el poder de la masonería. El peso de estos masones es el que ha marcado los hechos con la impronta masónica, determinando su rumbo.

¿Puede esgrimirse, al mismo tiempo, una actitud prescindente frente a la política? Los teólogos se permiten afirmar que



Escudo de Castilla y León, con el Toisón de Oro.

El Mandil, más antiguo que el Toisón de Oro

Algunos parlamentos antiguos del Rito Escocés Antiguo y Aceptado afirman que el mandil masón es más antiguo que el *Águila Romana* y el *Vellocino de Oro*. Recientes investigaciones indicarían que este texto se remonta a los tiempos fundacionales de la Orden del Toisón de Oro, pues esa es la verdadera traducción de la referencia al *Vellocino de Oro*, mientras que el *Águila romana* sería la del Sacro Imperio. De modo que en este parlamento no se estaría haciendo referencia a los símbolos del mundo clásico sino a instituciones de la Europa Cristiana, indicando al recipiendario que el mandil era utilizado antes de la fundación de la Orden del Toisón de Oro y del nacimiento del propio Sacro Imperio Romano Germánico.

(Grabado del Escudo de Armas de León y Castilla con la insignia del Toisón de Oro).

sin política no hay Salvación, otorgándole un poder escatológico. El *Opus Dei* es la prueba de que la Iglesia Católica ha superado esta contradicción entre religión y política. El iniciado aspira a que la formación iniciática contribuya a la construcción moral de la política; sin embargo, cuando se aborda la problemática sobre masonería y política, nos reducimos al campo restringido de la secularización. Un repaso de la dimensión política de la masonería en el último siglo no excede en mucho el marco profano de la lucha por los espacios de poder por parte de las fuerzas seculares y la cuestión de los derechos y libertades humanas.

Frente a la historia política y social —que es el campo al que debería apuntar una historia masónica de cara a la sociedad— la francmasonería aparece dividida en dos grandes corrientes principales. Por un lado aquella en la que prevalece un aspecto espiritual, la búsqueda interior, la transformación de la conciencia y el acceso a un conocimiento trascendente. Por otro, la masonería progresista, concebida como factor de cambio social, precursora de la democracia, heraldo que anuncia al hombre entre los hombres y a un mundo en el que la fraternidad debería imponerse frente al egoísmo.

¿Son ambos modelos incompatibles? No necesariamente, pero sí muy diferentes. En el primer caso, al prevalecer la concepción iniciática se ponen en juego valores espirituales que actúan en niveles que se escapan del campo racional. En el proceso iniciático el símbolo es una puerta de acceso al campo metafísico, a una meta-conciencia que diferencia al neófito del profano para siempre.

En el segundo caso, la iniciación conserva apenas su aspecto formal, se abandona el símbolo como vaso comunicante con aquella meta-conciencia que espera en el interior del hombre. Se reduce a un lenguaje moral que dota al individuo de

una herramienta tendiente a capacitarlo para la construcción de una sociedad mejor.

En el primer caso no puede prescindirse de Dios; ni de la revelación ni de la trascendencia, ni de una concepción ontológica compleja. La ontología masónica está representada en la forma del mandil. El antiguo delantal que utilizan los masones —resabio de la época de los artesanos y albañiles— está formado por una parte inferior en forma de cuadrado sobre la que sigue un triángulo. El cuadrado representa a la materia en sus cuatro elementos, mientras que el triángulo es el espíritu; esta forma de mandil, reservada al aprendiz quiere significar que el espíritu de este aún no ha penetrado la materia. El espíritu del aprendiz entra —desciende— en su aspecto material y lo controla en el momento en el que sus maestros le bajan la babeta (el triángulo superior) cuando alcanza el grado de compañero. No se trata de un desarrollo moral, se trata de un logro espiritual que tiene connotaciones esotéricas profundas.

En el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, un antiguo parlamento es dedicado al recipiendario que acaba de ser iniciado en el momento en el que se le ciñe el mandil a la cintura:

«Querido Hermano recién iniciado: (...)

Os entrego el mandil del Aprendiz masón, de cuero blanco, piel de cordero, símbolo de pureza y emblema de trabajo (...)

Más antiguo que el Vellocino de Oro y que el Águila romana, y más honorable que cualquier otra distinción conocida (...)

Con él se honraron los hombres más preclaros en todas las ramas del saber humano, honraos vos también llevándolo con dignidad cada vez que concurráis a las reuniones de vuestra logia (...)



Más sobre el Toisón de Oro

La Orden del Toisón de Oro parece tener puntos de contacto con la tradición rosacruz. De hecho la encontramos mencionada en el texto de *Las Bodas Químicas* de Christian Rosencreutz, a quien ya nos hemos referido en *El otro Imperio Cristiano*. En el grabado, atribuido a S. Trismosin (París 1612), se observa una alegoría del Toisón, en medio de símbolos alquímicos y herméticos. El centro del grabado, que puede observarse en detalle, contiene la palabra clave V.I.T.R.I.O.L., utilizada en la francmasonería y que fuera interpretada por el alquimista Basilio Valentín con la fórmula *Visita Interiora Terrae; Rectificando Invenies Occultum Lapidem*.

Quizás en el futuro vuestra cabeza sea coronada con laureles de victoria, vuestro pecho luzca medallas dignas de un príncipe oriental, seáis cubierto de deslumbrante púrpura y elevado a los más altos sitios, pero nunca más en esta vida habréis de recibir de manos de otro hombre, un honor tan distinguido y emblemático de pureza y perfección como el que esta noche ceñimos en vuestra cintura (...)

Que la blancura de su superficie os inspire constante pureza de pensamiento y nobleza de acción, y sea estímulo permanente para las más grandes hazañas y los más atrevidos ideales, de tal forma, que cuando vuestros cansados pies os conduzcan al término del penoso camino, y caigan de vuestras manos las herramientas de lucha, la historia de vuestra vida y de vuestras acciones sea tan blanca y tan pura como este mandil (...).»

Este bello texto, que ha sido escuchado la noche de su iniciación por miles de masones, expresa claramente el sentido alegórico de las herramientas del masón, convertidas en símbolos que transmiten un lenguaje esotérico. Pero, fundamentalmente, se refiere al significado del mandil como «símbolo de pureza y emblema del trabajo».

En anteriores trabajos hemos demostrado de manera determinante que ya en el siglo XI los constructores benedictinos otorgaban al mandil una connotación que superaba su carácter de atuendo para el trabajo del albañil. Aún pueden observarse en Europa estatuas de grandes nobles y extraordinarios arquitectos esculpidos portando su mandil y sosteniendo en sus manos el mazo y el cincel. Sin duda, y desde hace siglos, el mandil es un atributo que expresa la condición iniciática de quien lo porta.

Recientes investigaciones realizadas junto con Daniel Alberto Kiceleff, indicarían que este texto se remonta a los

tiempos fundacionales de la Orden del Toisón de Oro, pues esa es la verdadera traducción de la referencia al *Vellocino de Oro*, mientras que el *Águila romana* sería la del Sacro Imperio. De modo que en este parlamento no se estaría haciendo referencia a los símbolos del mundo clásico sino a instituciones de la Europa Cristiana, indicando al recipiendario que el mismo era utilizado antes de la fundación de la Orden del Toisón de Oro⁸ y del nacimiento del propio Sacro Imperio Romano Germánico. El mandil, más allá de su uso específico, es una clara alusión a la constitución espiritual del hombre.

Todas las sociedades iniciáticas han desarrollado una ontología compleja. Ha sido así en Egipto y en Grecia; en el hermetismo tardío y en la gnosis, en el movimiento pitagórico y entre los neoplatónicos; entre los cabalistas y los alquimistas que poblaron las primeras logias especulativas.

Una masonería concebida con la prescindencia de esta herencia, repetimos una vez más, debiera cambiar de nombre, puesto que de ningún modo se trataría de masonería. Sin embargo resulta muy sencillo comprobar que la segunda corriente a la que nos estamos refiriendo —la racionalista mate-

⁸ La Insigne Orden del Toisón de Oro nació en 1429, en el Ducado de Borgoña, de la mano de Felipe el Bueno, quien supo dotarla de tal prestigio que enseguida alcanzó fama por todo el Occidente europeo. Fue en la corte flamenco-borgoñona donde el ceremonial y la etiqueta palatina alcanzaron una perfección insuperable, y de allí se transmitió —por medio de la Corona española— a todas las cortes europeas. Por tratarse de una Orden católica, la elección de un símbolo pagano como el Vellocino de Oro como símbolo de una orden cristiana causó cierta controversia. La insignia consiste en un collar de eslabones entrelazados de pedernales o piedras centelleantes inflamadas de fuego con esmalte azul y rayos de rojo rematando con un cordero y el toisón todo de oro esmaltado (La alusión al carnero se refiere al vellocino que Gedeón ofreció a Dios en sacrificio y acción de gracias por la victoria conseguida contra los madianitas; y los eslabones y piedras de fuego significan la divisa que el mismo duque traía siempre en sus armas que era un eslabón con su pedernal y un epígrafe que decía: *Hiere antes de que se vea la llama*).



V.I.T.R.I.O.L

rialista— puede prescindir de Dios, de la revelación y de la trascendencia en tanto que no necesita de una ontología ni de guía alguna en la búsqueda interior y aun así llamarse y ser reconocida como masonería. Le alcanza con saber que, en tanto ser humano, todo aquello que es humano le concierne.

La realidad, entonces, nos está demostrando que una filosofía de la masonería debería articularse a partir de una redefinición del campo y el alcance que queremos desarrollar.

¿Qué es lo que se persigue con la iniciación? ¿Acaso la formación de hombres con una conciencia superior, capaces de una comprensión profunda del fenómeno humano, consecuencia de su propio viaje interior al centro de su existencia? ¿O simplemente la mera adhesión —más o menos consciente— a un conjunto de principios y normas que vengan a fortalecer los objetivos seculares que se ha fijado en un sector de la Orden en el siglo XIX tales como la separación de la Iglesia y el Estado, la enseñanza laica, la defensa cerrada del pensamiento científico, la desacralización de la sociedad, etc.? ¿Eran estos los objetivos primitivos de la francmasonería?

La disyuntiva no es una provocación; ni siquiera una exageración. La historia de la Orden abunda en datos precisos acerca de iniciaciones sumarias, a la vista, por decreto⁹. Su porcentaje crece en momentos de crisis, pero también en la medida que el personaje es más importante. ¿Son masones estos hombres? A lo largo de la historia de la francmasonería, tanto el involucramiento directo de esta en la política partidaria así como las iniciaciones sumarias a la vista, prescindiendo del

⁹ Se denomina «iniciación a la vista» a aquella ceremonia de admisión a la Orden que se realiza prescindiendo de los antiguos ritos iniciáticos. En general, y tal como ha quedado expuesto en la enumeración de los *Landmarks* los Grandes Maestres son los únicos dignatarios que poseen esta potestad.

marco ritual adecuado, solo han traído desgracia y, raramente, produjeron masones cabales.

Una masonería verdaderamente universal debería ponerse de acuerdo en torno al modelo de iniciado que propicia. Si el que presenta a Voltaire como paradigma del masón —que como todos sabemos solo fue iniciado masón siete semanas antes de morir— o el que propugna un camino de sacrificio (sacro-oficio) al que no puede entrar cualquiera, porque concibe a la Orden como una elite a la que solo se puede acceder si se está dispuesto a dar batalla contra uno mismo.

Estos tres elementos: el método iniciático, la existencia de una Orden Interior o —dicho de otro modo— la existencia de instancias que trascienden a la Masonería Simbólica y la *operatividad* de la francmasonería en los grandes acontecimientos políticos de fines del siglo XVIII y principios del XIX son el objeto principal y excluyente de este ensayo. En otras palabras, este volumen de *El mito de la revolución masónica* pretende encontrar las raíces de un conflicto persistente en el seno de la Orden Masónica; una contradicción congénita sin la cual no puede comprenderse la coexistencia —en el seno de la misma fraternidad— de hombres enrolados en campos opuestos y —muchas veces— enfrentados mortalmente.

El folklore masónico nos repite la imagen romántica de infinidad de masones que, en el campo de batalla y merced a los signos de socorro, salvaron su vida justo cuando el sable o el mosquete de un hermano atravesara su corazón. Abundan las historias de otros tantos prisioneros masones evadidos gracias a la fraternidad de sus carceleros masones. Esto es rigurosamente cierto. Pero es solo una de las caras de Jano.

¿Qué se ha dicho de los masones enrolados en el Terror y de sus crímenes hacia sus hermanos que resistían los desbordes

posteriores a la Revolución de 1789? ¿Acaso no había masones en las logias militares de los regimientos ingleses que combatían a los patriotas de las trece colonias americanas? ¿Cuál es la verdadera masonería? ¿La de los *Illuminados de Baviera* que clamaba por *la* destrucción del trono y el altar o la de Joseph de Maistre que definía a la monarquía y al papado como «las dos piedras angulares de Europa»? ¿La de Garibaldi y Massini en su embestida contra los Estados Pontificios o la del Régimen Escocés Rectificado que propugna una masonería exclusivamente cristiana? ¿La de José de San Martín que buscaba la Independencia de América o la de su hermano masón Alvear que alentaba un protectorado británico en las Colonias del Río de la Plata?

Pues bien, si pretendemos abordar la historia moderna de la francmasonería no solo habremos de explicar sus símbolos y su capacidad de reconciliar los espíritus en el seno de sus logias. Buscaremos el origen de esta dicotomía y trataremos de comprender la causa de esta dualidad compleja en la que sus actores reivindicaban la Tradición y la Revolución, la Monarquía y la República, la Fe y la Razón. Lo haremos conscientes del riesgo que esto implica, pero seguros de que estas concepciones antagónicas continúan, en mayor o menor grado, presentes en las logias, tal como ocurre desde el siglo XVIII.

En aquellos tiempos fundacionales, estas vertientes diferentes iniciaron la dura controversia entre una masonería destinada a transmutar al hombre primitivo en un ser humano espiritual y luminoso frente a otra, cuyo fin parece haberse centrado en la acción revolucionaria o en el simple ejercicio social de un fraterno y epicúreo sentido de la existencia.

Pues bien, esta sociedad contradictoria no solo no paró de crecer desde principios del siglo XVIII sino que se constituyó en el motor de los cambios más dramáticos de la modernidad,

mientras que sus líderes contribuyeron —en innumerables casos a costa de su propia vida— a la construcción de un mundo más justo en donde ya nadie discute el derecho a la libertad y la igualdad.

LA AURORA

EL NACIMIENTO DE LA MASONERÍA MODERNA

En el año 1717, en una bulliciosa taberna de los suburbios de Londres, tuvo lugar una cena que cambiaría el curso de la historia. Los hombres allí reunidos provenían de las logias de constructores con asiento en la propia ciudad. Pudiera imaginarse que todos aquellos individuos eran rústicos albañiles, con los nudillos de sus dedos deformados por los golpes del mazo, curtidos por la intemperie y con la piel percutida por la argamasa. En parte era así.

Algunos de ellos habían trabajado en la reconstrucción de la catedral de San Pablo, destruida por un incendio hacia fines del siglo XVII. Otros recordaban las grandes obras que habían construido en su juventud, cuando todavía se erigían palacios al estilo del gran arquitecto Palladio en los barrios ricos de la ciudad. Pero entre los rudos albañiles se mezclaba otra clase de hombres. Se distinguían por su vestimenta y sus modales. Se parecían a lo que hoy podríamos llamar «intelectuales» y discutían airadamente entre sí y con los canteros como si nada los separase, urgidos todos por un mismo problema. Incluso se observaba algún acalorado hombre de noble cuna, entremezclado en el debate, dispuesto a imponer sus opiniones en medio del griterío. ¿Qué clase de asamblea era esta? ¿Quién los había

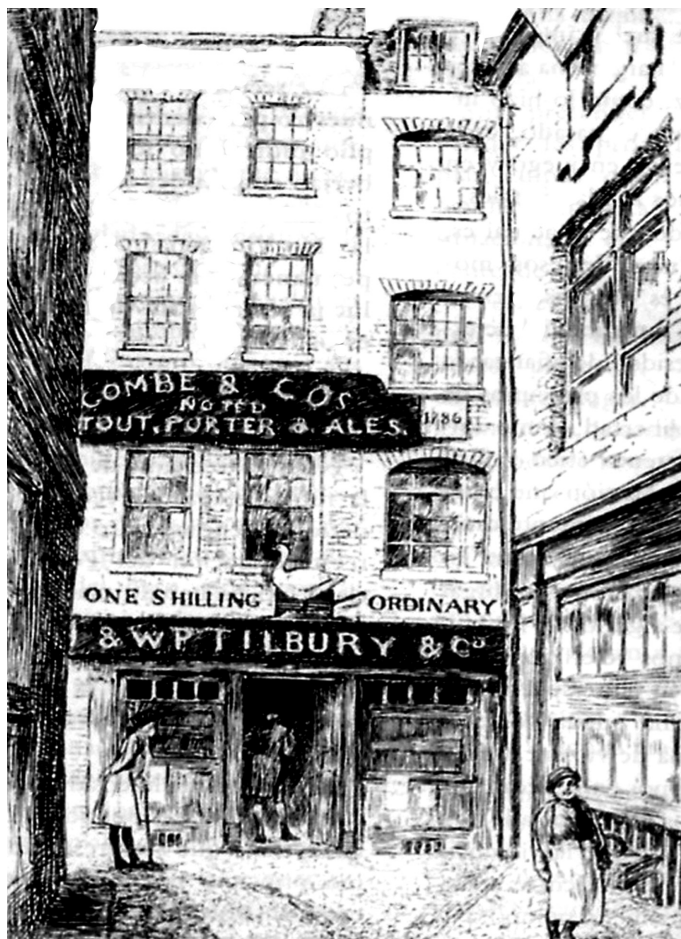
convocado? ¿Qué extraña asociación podía reunir en una taberna inglesa de principios del siglo XVIII a artesanos, burgueses, filósofos y nobles?

Según parece era habitual que los masones se reunieran en las tabernas. De hecho, las logias convocadas a la reunión se diferenciaban entre sí por su nombre, que respondía al de otras tantas tabernas en las que tenían su asiento.

Los masones de Londres y de toda Inglaterra tenían fama de buenos bebedores, amantes de los banquetes y de las discusiones a puertas cerradas, a cubierto, como ellos mismos decían. Se comentaba que colocaban a un guardián en el tejado (de allí que tomara el nombre de tejador) que arrojaba piedritas por el desagüe pluvial si alguien ajeno a la cofradía se acercaba al recinto en donde se llevaba a cabo la tenida. Las piedritas provocaban un ruido parecido al de la lluvia escurriéndose por la cañería, entonces los que estaban deliberando sabían que alguien se acercaba y ocultaban sus secretos. Pero ¿Qué clase de secretos ocultaba una sociedad integrada por toscos albañiles, ilustres científicos y acaudalados caballeros?

El rumor hablaba de ceremonias sospechosas, de hombres encapuchados, de conocimientos prohibidos a las buenas gentes. No estaba claro qué clase de alquimia, de magnetismo natural, de misterios de la botánica y la medicina se traficaba en el seno de las logias. Pero lo cierto es que ya no era como antaño. Los masones ya no se dedicaban a erigir catedrales ni abadías. La época en que las ciudades competían entre sí por la catedral más alta había concluido... A Dios se lo empezaba a buscar en otra parte.

Tampoco se construían castillos. Las bombardas, los cañones y los ingenios militares hacían perder efectividad a las antiguas murallas, que habían dejado de ser inexpugnables. Desde



Nacimiento de la masonería moderna

En el año 1717, en una bulliciosa taberna de los suburbios de Londres, tuvo lugar una cena que cambiaría el curso de la historia. Los hombres allí reunidos provenían de las logias de constructores con asiento en la propia ciudad y su propósito era llevar a cabo una gran reforma de la sociedad de los francmasones. Cuatro logias permanecieron firmes y se constituyeron en asamblea. Aquella noche quedó conformada la Gran Logia de Londres y nació la masonería moderna. (El grabado reproduce la taberna londinense donde tuvo lugar la histórica asamblea).

el advenimiento de la pólvora hasta el muro más ancho y cimentado podía caer como una torre de naipes. La guerra había cambiado.

Muchos masones habían emigrado a Escocia, en donde todavía se construía con dinero de la Iglesia y los monasterios permanecían fieles a Roma. Pero en Inglaterra había cambiado todo, comenzando por la Fe. Las logias habían visto disminuido su trabajo y los masones peregrinaban entre obras menores y la bucólica espera del final de la «Era de la Piedra».

Estos masones ya no recordaban el día en que las logias comenzaron a poblarse de hombres ajenos al oficio. Habían llegado con sus conocimientos mágicos, con sus experimentos empíricos, dispuestos a arrancar sus secretos a los números y a las proporciones. Estos otros hablaban de un Templo simbólico —no de piedra sino de materia etérea, invisible— erigido en un plano ideal al que el hombre podía llegar con el esfuerzo de su mente y la mortificación de su naturaleza terrestre. Se les conocía con el nombre de «rosacruces» y eran numerosos entre los masones. El propio sir Isaac Newton parecía haber pertenecido a este extraño grupo. No solo los místicos sino hasta los hombres de la política —tan convulsionada en aquellas décadas— habían encontrado asilo en las logias. En 1717 los albañiles ya no eran mayoría.

Pero no todos los albañiles de Londres veían con buenos ojos a estos hombres ajenos al oficio. ¿Qué hacen entre nosotros —se preguntaban— estos delirantes deslumbrados por un saber prohibido que ofende a Dios y enceguece el alma? El conflicto estaba instalado desde hacía tiempo. Los «aceptados» —que es el nombre con el que se conocía a los masones que no pertenecían al gremio de los albañiles— tenían claro que los días de las logias, tal como se las había conocido, estaban

contados. Ya no se construía en piedra a gran escala y tarde o temprano no habría a quien enseñarle los secretos de la construcción de arcos, bóvedas y arbotantes. Las técnicas habían cambiado, los planos se publicaban, los manuales sustituían a la tradición oral. ¿Qué esperar entonces? Había que reconvertir al gremio, perpetuando la tradición que, en verdad, se remontaba a un pasado que los propios albañiles habían olvidado.

A los masones les había ocurrido lo que a aquellos monjes que ataban el gato a la pata de la mesa mientras rezaban. Un novicio preguntó un día porqué ataban el gato. Nadie lo sabía, pero así era desde hacía décadas. Cuando se rezaba, traían el gato y lo ataban a la mesa. El novicio, inquieto, sin entender el sentido de aquella liturgia, seguía empeñado en encontrar una respuesta. Pero siempre era la misma: «Atamos el gato porque así lo hacían nuestros maestros». Ocurrió entonces que un día, el más anciano, que permanecía desde tiempo inmemorial esperando la muerte en su venerable claustro, anunció que finalmente moriría. Uno a uno los monjes entraron en aquel recinto santo a despedirlo. El novicio no pudo evitar la pregunta; a solas, frente al viejo moribundo inquirió una vez más:

«—¿Venerable Padre, por qué atáis el gato a la mesa?

—¿Todavía? —se sorprendió el anciano, casi olvidando la agonía.

—Lo hacíamos —dijo entonces, revelando el gran misterio— porque las ratas distraían nuestras oraciones... Si olían al gato entonces se mantenían alejadas.»

Cosa parecida pasaba con los masones. Repetían viejas formulas, se reconocían con signos y pronunciaban palabras cuyo sentido se había ya olvidado. Utilizaban símbolos que dibujaban en pizarras de arena, pero no sabían «por qué ataban el gato a la mesa»; no conocían el origen de su tradición,

apenas preservada en antiguos manuscritos muy escasos y buscados por estos nuevos masones aceptados que creían tener la misión de devolver al gremio sus antiguos ritos y sus significados. Pero no solo eso: estos hombres soñaban con el advenimiento de una nueva era para la historia humana.

La reunión convocada había sido propiciada por los aceptados. Querían constituir una Gran Logia, un gobierno central que federara a las logias de Londres y les diese un Estatuto común en el que se explicara el objeto y sentido de la antigua fraternidad, se fijaran los antiguos linderos y se estableciera, definitivamente, el carácter de «aceptados» a los masones ajenos al oficio.

Planteada la cuestión estalló una violenta discusión. Algunos representantes de logias abandonaron intempestivamente la reunión. No reconocerían la autoridad de los «aceptados» ni estaban dispuestos a claudicar sus usos y costumbres. Pero cuatro logias permanecieron firmes y se constituyeron en asamblea. Aquella noche quedó conformada la Gran Logia de Londres. La Historia tendría desde ese día un protagonista inesperado, el factor menos pensado, una organización que, en apenas un siglo, contribuiría a cambiar el mapa geopolítico del mundo.